

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Los lectores de estas crónicas reconocerán que no abuso de la nota feminista, que rarísima vez les hablo de las ventajas obtenidas en otros países, sin efusión de sangre, por más de la mitad del género humano (existe en el mundo mayor número de mujeres que de hombres). Y es que en España me acomete, respecto á esta cuestión, algo como acceso de pereza y fatalismo. ¡Vivimos, particularmente en esto, tan atrasados! ¡Sería tan dificultoso romper nuestra costra de incultura, modificar nuestro criterio, propiamente musulmán en cuanto se refiere á la mujer! Y al mismo tiempo, ¡por ahí fuera van las cosas tan de prisa! Ese figurín lo recibiremos aquí un día, muy bien empacado, de París, sin haber tenido que arrostrar hasta entonces la malignidad de la turba á quien Leopardi llamaba

..... gente
zotica, vil, cui spesso
argomento di riso e di trastullo
son dottrina e soper. .,

y entre la cual figuran los ignorantes voluntarios ó involuntarios que visten levita, más de un siglo hace estigmatizados por Fray Benito Jerónimo Feijóo. (Entonces vestían chupa y casaca; no vayan á sacarme á plaza el anacronismo.)

Sin embargo, hay momentos en que lo interesante y simpático del movimiento feminista impulsa á dedicarle algunos renglones. Es la única gran conquista de la humanidad (la más trascendental, de fijo, en sus resultados y en su alcance) que se habrá obtenido pacíficamente, sin costar una lágrima ni una gota de sangre, sólo con la palabra, el libro y el instinto de justicia, que dormido desde hace tantos siglos, combatido por tantas y tan arraigadas preocupaciones, se despierta poco á poco. No hay opinión, no hay doctrina política, no hay fase de la evolución social que no se compre á precio de mil luchas, de dolores sin cuento. Muertes, incendios, explosiones, crímenes, depredaciones de todas clases encontráis, no sólo en los anales de los partidos extremos y de las teorías consideradas utópicas, sino en los de las opiniones que más se derivan de la tradición y más alto proclaman el imperio del orden. Cuando oigo hablar de las explosiones de dinamita de los anarquistas, de las huelgas de los socialistas, ó mejor dicho, de incidentes que se producen en algunas huelgas, pregunto: ¿Y qué, ¿los demás partidos visten túnica blanca? ¿No apelan á la fuerza para triunfar? ¿Reparan en medios? ¿Ha sido nuestra historia, en todo el pasado siglo — sin ir más lejos ni remontarnos al diluvio — otra cosa que una serie de motines, alzamientos, barricadas, bombardeos, partidas echadas al campo, deportaciones, registros domiciliarios, cárceles, horcas, fusilamientos, saqueos, incendios, embargos de bienes, talas de campos, destrucción de monumentos artísticos, desmanes por aquí y barbaridades por allá?

En la reivindicación de los derechos de la mujer, nada parecido encontraremos. Paz, calma, razón, paciencia, constancia, las únicas armas para conseguir el fin. Lento el progreso, lentísimo; en cambio, cada paso que se adelanta es prenda segura del adelanto sucesivo, del otro paso firme. Como los viajeros alpinistas, que necesitan abrir en la roca el hueco para colocar el pie, pero acaban por llegar á la cumbre y plantar en ella su bandera, los defensores del derecho de la mujer avanzan solitarios, jamás cansados, aprovechando las mismas asperezas para ganar terreno y culminar su obra verdaderamente redentora. Y digo los defensores y no las defensoras, porque, para que todo sea hermoso en este movimiento, hasta son varones los que en primer término se consagran á

él. El hombre es más ilustrado y más fuerte: le corresponde el puesto de abanderado. En España, para una mujer que como doña María de Zayas proteste de la sujeción de su sexo, hay tres ó cuatro hombres eminentes que hablan más alto en favor de la causa feminista. En los primeros siglos de la iglesia (época de mujeres extraordinarias, no sólo por la piedad, sino por la cultura) se alzó en favor de la mujer la voz atronadora y prestigiosa de San Jerónimo.

Como ha de decirse la verdad, tengo que confesar que el gran impulso á favor de la mujer lo dan, en todos los países, los socialistas. Empresa tan justa se la ha dejado á su cargo la burguesía, empeñada en sostener el sentido del derecho romano y la consiguiente esclavitud de la mujer. Hay cosas tan evidentes para quien las mira sólo á la luz de la equidad, que es maravilloso que existan varias maneras de entenderlas y juzgarlas. ¿Por qué la burguesía se ha obstinado en privar de derechos políticos y de bastantes derechos civiles á la mujer, elemento esencialmente conservador, apegado como ninguno á la propiedad particular é individual, á la herencia, á la estabilidad social? ¿Por qué ha preferido tener á su lado una odalisca ó un ama de llaves, á una auxiliar inestable, constante, tenaz y segura? ¿Por qué la ha puesto en el caso de esperar su emancipación de los partidos colectivistas, de una nueva organización de la sociedad, de una aspiración nueva?

En efecto, la burguesía, que hizo las revoluciones políticas, no las hizo sino para el varón: á la mujer se puede afirmar que en vez de aprovecharla, la perjudicaron; antes de ellas no era tan inferior al hombre. Un marido del siglo XVIII, sin derechos políticos, se encontraba más cerca de su esposa que el burgués elector y elegible del siglo XIX. Hoy, él ha andado, ella no se ha movido; distancia incalculable los separa. Los derechos políticos influyen en los derechos civiles; en nuestra organización presente, la política ejerce coacción sobre todo. La condición de la mujer contemporánea se resiente — hasta qué punto, lo han dicho con lógica inflexible Stuart Mill y tantos otros — de la anomalía creada por los acontecimientos que engrandecieron al hombre y dejaron á la mujer en su reducida esfera de acción, en su rincón de Cenicienta. Sólo la revolución económica, iniciada desde mediados del siglo, lleva en su programa la igualdad. Fenómeno tan significativo que debiera hacer reflexionar á los estadistas — si son dignos de este nombre.

Verdad es que en el terreno económico, ¿cuándo ha existido la desigualdad entre los sexos? El cuadro es antiguo ya: la mujer ha trabajado siempre; las labores más duras, más penosas, nunca se le han vedado en nombre de la debilidad y delicadeza de su organismo. En el muelle suele presenciarse una escena curiosa. Cuando llega el momento de la descarga de los barcos, se oye por todas partes resonar este grito: «¡Eh, aquí las mujeres!» Y un hato de ellas, descalzas, en pernetas, desgredadas, curtidas por el sol, el aire y la ruda faena, se precipitan, disputándose el saco de carbón ó de cal, la barrica de aguadiente, el fardo aplastante que les valdrá unos cuantos reales de ganancia. «¡Eh, aquí las mujeres!» ¡Qué contraste entre el grito que llama á las miserables á sudar y reventarse, y el grito contrario «¡Eh, fuera las mujeres!» que cierra á la mitad del género humano todos los caminos por donde se va á obtener un puesto decoroso, lucrativo, honorífico, algo que sea provecho y ventaja, lo que el burgués se ha reservado para sí, gruñendo y rabiando como el perro cuando tiene un hueso y teme que se lo disputen!

Yo he visto á las mujeres, en mi tierra, segando, cavando, cargando el carro, pisando el *tojo*, juntando el estiércol, trabajando en obras públicas chapuzadas en agua hasta el muslo, partiendo piedra, sin que nadie les preguntase si estaban encintas ó lactando — particularidad que tanto preocupa á los que se aterrorizan ante la hipótesis de que una *diputada* llevase en su seno un animado germen de humanidad. — Yo las he visto haciendo oficios de mozos de cordel en las estaciones, porteando baúles; yo las he visto (no digan que es hipérbole) ayudando á tirar de una carreta. Todo esto pueden hacerlo con libertad absoluta, y ni se hunde el firmamento ni tiemblan las esferas interrumpiendo su armonioso giro. Lo que haría rasgarse el velo del templo y abrirse en los peñascos cada grieta atroz, sería que una mujer se sentase en una oficina á despachar expedientes, ó en la sala de sesiones de un ayuntamiento á deliberar, como sucede ahora en el Estado de Kansas. Porque es harto sabido que estas funciones las desempeña el hombre con tal puntualidad, actividad, legalidad y maestría, que no acertaría la mujer de substituirle ni el espacio de una hora.

Las anteriores digresiones — ya es tiempo de declararlo — me las ha sugerido la lectura de un periódico

extranjero, donde veo que la mujer va á formar parte del Jurado; en Francia; la idea ha sido bien recibida y prosperará. Esto que llaman algunos penalistas *extravagante institución del Jurado* y que yo ahora ni defiendiendo ni examinando, ó no es nada, ó es la intervención de la opinión y del sentimiento público en la administración de justicia. Existiendo el Jurado, funcionando normalmente, ¿cómo se puede excluir de él á la mujer? Hay delitos y crímenes que el hombre, por instinto y sin mala intención, juzga apasionadamente siempre, porque afectan al sexo, á los privilegios que el varón se arroga, á sus preocupaciones hereditarias y emocionales. Hace falta oír á la otra parte; es necesario que tenga voz y voto la mujer.

La mujer no hace las leyes, ni puede siquiera designar al que ha de hacerlas; pero las sufre de lleno, sin atenuaciones; la penalidad es para ella igual en todo caso y mayor en algunos que para el varón. Así se entiende la justicia. Si, tienen razón los propagandistas de la vecina república: en el Jurado hace falta, mucha falta, la representación de medio género humano, hasta hoy juzgado, sentenciado, ejecutado por el otro medio. ¿Seríamos los españoles, que hemos tenido una penalista, una jurista como doña Concepción Arenal, los llamados á asombrarnos de la innovación?

También va ganando terreno la idea de combatir el infanticidio habilitando muchas casas de maternidad donde con absoluta reserva y gratuitamente sean recibidas todas las mujeres que se vean en el caso de tener que ocultar su desventura, fruto de una falta que no fueron ellas solas á cometer... La causa de esta medida tan caritativa como racional es el temor que infunde á pensadores y patriotas la despoblación de Francia. Procurando que se salven esos niños infelices que á veces la desesperación de las madres arroja á un pudridero, Francia acrecentará la falange de hijos naturales de la cual procedieron los d'Alembert, los Dumas y los Jorge Sand. La bastardía, en la historia, presenta contingente bastante lucido. Entre los bastardos abundan las criaturas robustas, aptas y vivaces — siempre que las angustias y ocultaciones de la madre no les originen enfermedades ó debilidades congénitas. — La cristiana institución de esas casas de maternidad evitará á muchos seres humanos las lacras y miserias fisiológicas que Sorolla retrató en su lienzo *Triste herencia*. Es lo menos que puede hacer una sociedad algo civilizada por los que sin delito nacen afectados de una irregularidad y bajo el peso de una humillación.

¡Todavía se discute si estamos en el año 1901 ó en el 1902! Acabo de recibir un folletito, obra de don Pedro Pablo Blanco, que defiende á capa y espada la hipótesis de que el siglo empezó el 1.º de enero del año anterior, ya apenas me atrevo á decir qué fecha tenía. En efecto, soy tan torpe para estas cuestiones en que median números, que casi prefiero decirle al Sr. Blanco que tiene razón. Y eso que creo firmemente que no la tiene. Para mí es una discusión de palabras: el Sr. Blanco quiere que el año no exista mientras no haya transcurrido: yo diría al revés; que así que ha transcurrido es cuando ya no existe, y que sólo mientras está en curso tiene existencia (¿real ó imaginaria?, vaya usted á saberlo: esto del concepto del tiempo es un hondo problema filosófico). Afirma también que un año no es año desde que empieza, sino hasta que acaba; y en mi humilde opinión sí lo es, como el día y la hora, al menos ideológica y abstractamente, pues si vamos á encerrar estas cosas en la realidad concreta, se nos escapan.

El tiempo, forma de la intuición sensible, ¿cómo se mide? De un modo convencional. Pero admitida esa convención, no puedo avenirme á que, si una decena empieza á contarse por el uno, resulte que no contiene diez unidades, sino nueve. El uno es el uno, el dos el dos... y de aquí no me apeo. Será que me falta la casilla de las matemáticas. Me falta, corriente; pero la razón (que es la base de las matemáticas mismas) me dice á voces que 10 son 10 y no 9. Y que el cero á la izquierda no es nada, absolutamente nada (excepto en política, donde á veces no dejan de representar cantidad positiva los ceros á la izquierda).

En resumen: no sabemos en qué siglo estamos; no sabemos (desde la reforma del horario) en qué hora vivimos; y á poco que pensemos en esta incertidumbre, se nos va á levantar una jaqueca fenomenal, y vamos á ser de la opinión de aquellos que maldicen de los relojes, porque echan á perder todos los gustos. Repito que estoy muy dispuesta — por no discutir ni calentarme los cascos — á pasar por cuanto el señor Blanco quiera y disponga, y á fechar: Junio de 1902... ó lo que me manden, como aquel cortesano que, preguntándole el rey la hora, exclamaba: «Es la hora que V. M. guste.»

EMILIA PARDO BAZÁN.